

Anne Cauquelin

Desde el ángulo
de los mundos posibles

Traducción de Antonio Oviedo



Adriana Hidalgo editora

Cauquelin, Anne
Desde el ángulo de los mundos posibles. - 1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2015
270 p.; il. ; 19x14 cm. - (los sentidos / artes visuales)
Traducido por: Antonio Oviedo

ISBN 978-987-3793-13-4

1. Teoría del Arte. I. Antonio Oviedo, trad. II. Título

CDD 701

los sentidos / artes visuales

Título original: *À l'angle des mondes possibles*

Traducción: Antonio Oviedo

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© Presses Universitaires de France
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-13-4

ISBN España: 978-84-15851-51-6

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication
de l'Institut Français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación
del Instituto Francés.

DESDE EL ÁNGULO DE LOS MUNDOS POSIBLES

PRÓLOGO

[...] Hay que afirmar que efectivamente existe un mundo único, o bien si han sido cinco los que se han producido (héna è pénte)? No obstante, en lo que a nosotros se refiere, Dios nos ha dado señales de que, al parecer, solamente se ha generado un mundo único.

Platón, *Timeo*, 55/d

La existencia de abundantes mundos por fuera del nuestro es un tema con frecuencia evocado desde la Antigüedad. La multiplicidad de los mundos es una hipótesis tan (o tan poco) verosímil como la que lleva a contar con un mundo único. Sin embargo, es preferible, parece decir Platón, creer en la unicidad. Cuestión, en principio, de simplicidad; ahora bien ¿por qué preocuparse de mundos infinitos cuando el que habitamos es ya bastante complicado? Argumento en sí mismo simplista y que tiene necesidad de un fondo más noble para ser creíble. Ese fondo más noble es la naturaleza del arquitecto divino, una naturaleza una que quiere a todas las cosas reunidas bajo la forma de lo uno. El dios quiere lo mejor, el más hermoso arreglo; y lo mejor es el uno, el más simple y el más armonioso. Es lo que al menos podemos suponer de la naturaleza del dios, pero quizás no la penetramos

integralmente. Si una parte de duda subsiste, no se debe solamente a la debilidad de nuestra inteligencia. Plantaremos entonces que nuestro mundo está solo, que es el único. He aquí la cuestión por un momento ordenada, queda a cargo de la filosofía hacer consistente esta afirmación.

Sea. El mundo, nuestro mundo es el único, para nosotros, ahora. El estado presente de la presencia de un mundo único está adquirido. ¿Pero en el tiempo? ¿Se puede predecir que ese estado va a perdurar? ¿Eternamente? Si no hay muchos mundos existiendo simultáneamente, ¿hay quizás una multitud de mundos que se suceden en el curso del tiempo? El tiempo ¿es quizás esta cadena que liga los mundos sucesivos surgidos los unos de los otros, en un movimiento cuyo número es el tiempo? Movimiento eterno, entonces, si se sostiene que este mundo único y divino no puede morir. Sucediéndose a sí mismo, el mundo acepta la medida de un tiempo que se sucede también infinitamente. Medido y sin embargo infinito, viviente pero no alterado por la edad, el mundo siempre nuevo en su forma perfecta vuelve eternamente a su origen. Él y todos los vivos que soporta.

Esta hipótesis se funda sobre la marcha de los astros:

Cuando cada uno de los astros errantes, dicen los estoicos, vuelve exactamente en longitud y latitud al punto del cielo donde se encontraba al comienzo, esos astros errantes producen al final de períodos de tiempo bien determinados el abrasamiento y la destrucción de todos los seres. Luego los

astros retoman su misma marcha y el mundo se encuentra reconstituido (Nemesius, *Del hombre*).

En esta versión del mundo y del tiempo, aceptamos la pluralidad pero con carácter sucesivo. La sucesión deviene un engranaje íntimo del mecanismo-mundo. Un movimiento lento e inexorable anima el mundo único hasta su explosión prevista al fin del “Gran Año”. Estimado, según Cicerón, en 12.954 años, termina en una explosión apocalíptica (diluvios e incendios), después de la cual otro “Gran Año” recomienza con el nacimiento de un nuevo mundo. Pero ¿es este un nuevo mundo o el mismo? No se sabe. Las tesis se dividen:

Sea que el mundo que renace después de la explosión es idéntico, desde todo punto de vista semejante al que acaba de morir y los vivos son exactamente casi los mismos. Es la repetición de lo mismo.

Sea que el mundo renovado produce las mismas situaciones, los mismos ordenamientos entre los seres que soporta, pero los seres de ese mundo difieren de sus antiguos dobles en algunos aspectos; hay siempre un Sócrates, pero no es exactamente el primer Sócrates: está afectado por una pequeña diferencia, un accidente extrínseco (como una verruga en la nariz, por ejemplo).

Confieso que esta última hipótesis es más excitante que la primera. Pensar que hay un mundo quizás idéntico al nuestro pero cuyo trazado estaría un poco desfasado, como perturbado por un reflejo que enturbia los trazos, sin cambiarlos no

obstante completamente, es una imaginación rica en posibilidades. ¿Seríamos el otro de un otro nosotros mismos, sin ser su reduplicación exacta?

A pesar de que la idea de una reconducción del mundo único a otro mundo no suscita dudas para los antiguos filósofos,¹ la disputa interviene sobre las modalidades de ese “mismo”: ¿idéntico o solamente semejante? ¿Con respecto sólo a los mortales o también a los dioses inmortales, la Providencia y el Destino? ¿Después de 300.000 años (Julius Firmicius) o 12.954 (Cicerón, según Tácito) o incluso 1.460 (Julius Firmicius, en otro pasaje)? Sobre todos estos temas, sin hablar de esa otra versión de la palingenesia que ofrece la metempsicosis, ningún hecho concreto puede clasificar las opiniones. Las opiniones o más bien la creencia, que sólo persiste, es tanto mejor compartida si no encuentra ningún fundamento en la realidad. Creencia, entonces, que permite escapar, aunque más no fuese en un sueño, a la rígida determinación del tiempo presente, al tedio de una continuidad sin cambio. Creencia en la inmortalidad del alma del mundo, ella debiera morir para renacer en mundos sucesivos. Creencia que se perpetúa en el doble horizonte del cristianismo: uno terrestre, consagrado a la generación y a la corrupción, seguido del otro, celeste, eterno y en parte divino.

Sin embargo, si estas hipótesis permanecen como hipótesis y la ficción como una ficción, ¿qué pensar de un mundo

¹ En efecto, si Aristóteles, Platón y los estoicos concuerdan sobre este tema, ellos fueron precedidos por numerosos presocráticos, entre ellos Heráclito y Empédocles, seguidos por los neoplatónicos y los estoicos latinos, y sus comentaristas.

definitivamente único, el nuestro, que calificamos de real en relación a las ficciones? ¿Quién nos certifica que es verdaderamente único y que no hay en el mismo momento, paralelamente a él, otro mundo bastante parecido pero distinto que podríamos habitar? ¿Incluso que nosotros habitaríamos efectivamente, con algunas pequeñas diferencias, sin saberlo? Y si pensáramos así, como exploradores, ¿cuáles serían los argumentos y las experiencias que llegarían a sostener la tesis de mundos paralelos?

Estas preguntas, brevemente expuestas, están en el origen de este ensayo. No ignoro que las pistas que propongo son tan frágiles como la existencia misma de esos mundos y que es necesario, para intentar exponerlas, exponerse uno mismo a la incredulidad. Pero al menos tres motivos me llevan a intentar la experiencia.

El primero es que no estamos tan seguros de “nuestro” mundo. Sus límites físicos no se hallan tan definidos, desde hace mucho tiempo han superado la Tierra e incluso los planetas próximos; los “espacios infinitos” no son más una metáfora sino una realidad, están poblados de cuerpos, y muchos “mundos” giran alrededor o más allá del nuestro. El universo está como acosado por otros mundos y la Tierra parece una pequeña masa, casi ridícula, suspendida en un éter superpoblado. Gana la incertidumbre.

Segundo motivo: en ese registro de los “mundos” que nos rodean, el arte ha sido a menudo requerido, por la fenomenología en particular, como el operador que “abre un

mundo”. ¿Qué es ese mundo “abierto” por el arte? ¿Abierto por quién, para qué, dónde, y cuál clase de mundo? ¿No será más bien que el arte pide un mundo que le hace falta y que se esfuerza por encontrar? ¿Dónde, por ejemplo, se sitúa la actividad de ficción: entre existencia y realidad, o en incierto equilibrio “desde el ángulo de mundos paralelos”?

En tercer lugar, y este constituye un insistente motivo, actualmente vivimos –alternativa o simultáneamente, esa es la cuestión– en dos mundos distintos o, más exactamente, en dos espacios. Al lado del espacio de supervivencia cotidiana, que es un espacio habitable, se halla aquel donde pasamos una parte importante de nuestro tiempo: el ciberespacio. ¿Cómo se comportan esos dos espacios, que son uno el reverso del otro? ¿Y nosotros? ¿Habitamos del mismo modo el mundo llamado “real” y el mundo llamado “virtual”?

Los discursos, considerándose naturalmente correctos, tratan esta cuestión desde un punto de vista sociomoral: la frecuentación del ciberespacio sería nociva. ¿Sus argumentos? El cibernauta avezado no hace la diferencia entre realidad y ficción, confunde el bien y el mal, rehúye tanto las responsabilidades como los simples deberes. Conducta antisocial, si es que no es autista. Es conveniente preservar a los niños por ser las primeras víctimas de esta invasión del mundo virtual; la misma argumentación que la que es utilizada contra la violencia de las imágenes televisivas, acusadas de engendrar violencias en la vida real. Periódicamente, se denuncia la pasión de los juegos *online*, se calcula la cantidad de horas pasadas ante la

pantalla, y se lamenta la ausencia de cultura y el abandono de los libros. Incluso en China existen campos de desintoxicación con régimen militar para adolescentes cautivos.

Pero estos discursos cuidadosamente correctos no dicen dónde se produce el corte entre ese mundo llamado “real” y el otro, ni siquiera si hay uno y cómo se manifiesta. Dicho de otro modo, muchos vaticinios pero ninguna investigación. Es verdad que la cuestión es muy compleja y no puede limitarse a algunos consejos usuales combinados con predicciones catastróficas, e igualmente no puede ser tratada religiosamente a partir de visiones futuristas y planetarias.

De esos tres motivos, el primero me escapa íntegramente: concierne al astrofísico discutirlo, yo no sabría aventurarme en ese terreno. Solamente podemos evocarlo como uno de los temas recurrentes que vienen a sostener la hipótesis general de mundos paralelos. Contexto importante, que orienta el pensamiento sin nosotros saberlo, crea una suerte de inquietud a propósito de nuestras concepciones del espacio y del tiempo, haciéndonos aptos, entonces, para examinar nuevas configuraciones espacio-temporales.

Lo que podemos, por el contrario, exponer son los modos por los cuales ciertos filósofos han tratado esta posibilidad. Seguir las vías zigzagueantes de las imaginaciones de mundos que nos ofrecen iluminaría probablemente nuestra linterna... Lo posible, lo actual, lo real, la existencia e incluso la ek-sistencia*

* Término forjado por Heidegger para definir el ser-ahí del ente [N. del T.].

han encontrado sus heraldos entre ellos. De los mundos y del mundo existen en efecto muchas versiones, cuya exploración es necesaria a nuestro tema y vuelve a reunir, a veces de manera curiosa, las de los astrofísicos (véase la primera parte: “De una existencia de los mundos”).

El segundo motivo no está alejado del primero más que en apariencia: el arte parece en efecto, según el estereotipo, una puerta abierta a otros mundos. ¿Qué dice el arte del mundo donde vivimos, y dice algo? O bien ¿busca otros espacios, plurales, mezclados? A menos que se ofrezca a sí mismo como alternativa habitable. ¿Se trataría de hacer la descripción de esos otros mundos? ¿De dibujar los contornos de otras formas de evidencias? Si estamos con el arte en el espacio de la ficción, ¿este espacio recubre la extensión del mundo sensible, cual su traducción desfasada, o descubre lo que no es pero podría ser? En ese caso ¿cuál es la correspondencia que existe entre lo invisible, lo oculto, lo velado, lo posible, de una parte, y lo evidente, lo real, lo visible, de la otra? Cuestión de las diferentes suertes de posibles a las cuales el arte, la ficción dan cuerpo y parecen ofrecer un acceso a los mundos plurales. A menos que se trate de una coartada (véase la segunda parte: “Arte y mundos alternos”).

Finalmente, tercer motivo: ¿cómo puede el ciber mundo ser aprehendido? En el límite de lo existente y de lo real ¿se puede atribuir el estatuto de la ficción? ¿Qué suerte de realidad es la suya? Si su construcción es arte factual y depende de la ingeniosidad humana, encubre paradójicamente zonas

de sombra, una gran parte de su territorio –incluso diría de su vida– es desconocida. ¿Dónde y cómo se puede hacer la diferencia, trazar una frontera entre dos “realidades” en el mundo real? Bastará decir que el ciber mundo exhibe una realidad de segunda zona, una “suerte” de realidad, todavía no alcanzada o relegada al rango de una peligrosa maquinaria, cuando sería necesario, al contrario, intentar analizar la herramienta conceptual que pone en marcha el acceso, y plantear al menos la pregunta de una ontología posible de los posibles en sí mismos (véase la tercera parte: “Ontologías y mundos alternos”).

Se ve entonces que, para los tres motivos que han suscitado este trabajo, cada tema se nutre de otros y los convoca. No se puede tratar ni juzgar la existencia de mundos alternos haciendo el *impasse* sobre las filosofías de lo posible, sobre las definiciones de lo real y de lo ficticio, como tampoco sobre el uso que se puede hacer en los dominios –mucho más próximos de lo que generalmente se cree– de la lógica y del arte.

PRIMERA PARTE
DE UNA EXISTENCIA DE LOS MUNDOS

Numerosos filósofos se han interrogado sobre la existencia del mundo y la posible existencia de otros mundos fuera de aquel donde vivimos. Sobre este tema, el primero que viene a la cabeza es naturalmente Leibniz –digo “naturalmente” pues su “el mejor de los mundos posibles” adquirió una cierta popularidad gracias a Voltaire–, quien se burló alegremente de esa frase. Sin embargo, la evidencia de esta referencia disimula el montón de tesis desarrolladas por otros pensadores que son interesantes de consultar. Las formas de lo posible toman una dimensión particular, y los argumentos que sostienen una y otra de esas tesis no deben descuidarse.

En la Antigüedad, las visiones de mundos en construcción, de mundos inacabados o, por el contrario, perfectos, son moneda corriente. Del *Timeo* de Platón al mundo concluido de Aristóteles, tenemos descripciones mezcladas, argumentadas, que difieren ampliamente entre sí y sin embargo se interpenetran en la Edad Media, hasta formar un tejido complejo de “creencias teóricas”. De estas creencias, bien ancladas, el principal responsable es ciertamente Aristóteles, cuyo *De Caelo (Acerca del cielo)* da una visión completa del universo, de sus principios y de sus elementos. Muchas otras versiones del universo vieron la luz pero poco sobrevivió de aquellas tan íntegramente y tan largo tiempo, y con tantas ramificaciones.

Esta insistencia plantea incluso una pregunta: ¿el esquema cosmológico de Aristóteles no sobrevivirá en alguna parte nuestra, bien oculta, mientras adherimos sin embargo plenamente a los esquemas científicos contemporáneos? Y, por ejemplo, ¿qué subsiste de la creencia en un mundo único, exclusivo de otros mundos posibles? ¿De un reparto entre mundos “reales” y “posibles”? ¿Qué hay en nuestra creencia sobre este tema?

Para intentar responder es necesario primero conocer la teoría del mundo de Aristóteles. Me parece un primer paso indispensable; sus argumentos a favor del mundo único, los encadenamientos lógicos de sus proposiciones, sus críticas en contra de los sistemas de sus contemporáneos, son otras tantas piezas del *dossier*. Aquí intentaré, entonces, ofrecer una ojeada de la teoría aristotélica del mundo, en la misma medida en que ella irrigó extensamente las visiones ulteriores *del* y *de los* mundos. Ella es lo suficientemente rica para ayudar a comprender otras “visiones” como las de los estoicos, los teólogos de la Edad Media, los neoplatónicos del Renacimiento y hasta el mundo único de Descartes.

La segunda parte de este capítulo será consagrado a los diferentes contramodelos: hay muchos mundos posibles o reales; al lado de las variaciones, de los comentarios, de las incertidumbres que provoca el mundo único de Aristóteles pero que no lo contradicen, hay también verdaderos sistemas concernientes a la infinidad y a la pluralidad de los mundos, retomando punto por punto, oponiéndoles los argumentos del Estagirita, como lo hizo Giordano Bruno. O también,

pero discrepando de otra manera, el infinito leibniziano y su mundo de posibles reales. Quizás estaremos entonces en condiciones de examinar la dimensión del problema y de comprender el lugar que tiene *lo posible* en nuestras propias representaciones del (de los) mundo(s).